

ceptor, y la elección de éste preocupaba tanto más á la señora Graslin por cuanto que su salud estaba muy quebrantada. Cuanto más crecían las prosperidades de su querido Montegnac, más redoblaba Verónica las secretas austeridades de su vida. El señor Duthel le encontró el hombre deseado, enviándole de su diócesis un profesor de veinticinco años llamado Ruffin, un hombre que sentía una gran vocación por la enseñanza particular; sus conocimientos eran vastísimos; tenía un alma dotada de excesiva sensibilidad, pero que no carecía por eso de la severidad necesaria para educar á un niño; su piedad no dañaba para nada la ciencia, y, finalmente, estaba dotado de una gran paciencia y de un exterior agradable. «Hija mía, le envío una perla,—le escribía el prelado;—ese joven es digno de educar á un príncipe, y espero que asegurará usted su porvenir, ya que ha de ser el padre espiritual de su hijo».

El señor Ruffin fué tan simpático á los fieles amigos de la señora Graslin, que su llegada no influyó para nada en las diferentes intimidades de este ídolo, cuyas horas y momentos se disputaban todos con una especie de envidia.

El año 1843 Montegnac llegó á un grado de prosperidad mucho mayor de lo que se esperaba. La quinta del Gabou rivalizaba con las de la llanura, y la del castillo servía de modelo á las demás para implantar todo género de mejoras. Las cinco quintas restantes, cuya renta había de alcanzar doce años más tarde la suma de treinta mil francos cada una, daban á la sazón sesenta mil. Los cortijeros, que empezaban á recoger el fruto de sus sacrificios y los de la *señora*, iban mejorando sus prados, yendo á buscar semilla á los prados de las llanuras que daban mejores hierbas y que no temían nunca la sequía. La quinta del Gabou pagó fielmente cuatro mil francos de renta el primer año. Un hombre de Montegnac estableció una diligencia que iba y venía á Limoges todos los días. El sobrino del señor Clousier logró obtener un estudio de notario en su favor. El ayuntamiento nombró á Fresquin maestro del pueblo. El nuevo notario se construyó una bonita casa en el alto Montegnac, plantó moreras en los terrenos que dependían de ella, y fué nombrado teniente alcalde. El inge-

niero, animado con sus éxitos, concibió un proyecto que había de hacer colosal la fortuna de la señora Graslin, cuyas rentas quedaron aquel año libres del gravamen que pesaba sobre ellas con motivo del préstamo que hubo que hacer para empezar las obras. Gerard se proponía canalizar el río Gabou. Este canal, que debía ir á parar al río Vienne, permitiría explotar las veinte mil fanegas del inmenso bosque de Montegnac, que estaba admirablemente cuidado por Colorat, y que, por falta de medios de transporte, no daba beneficio alguno. De este bosque se podía cortar infinidad de madera de construcción, que sería transportada á Limoges por medio del canal. Tal era el proyecto de Graslin, que tampoco había escuchado los planes del cura relativos á la llanura, y que se preocupaba mucho de la canalización del río.

CAPÍTULO V

VERÓNICA EN LA TUMBA

Al principio del año siguiente, á pesar del buen aspecto de la señora Graslin, sus amigos observaron en ella los síntomas precursores de una muerte próxima. A las observaciones de Roubaud, á las ingeniosas preguntas de los más avisados, Verónica daba siempre la misma respuesta: «Me encuentro perfectamente». Pero en la primavera fué á visitar sus bosques, sus quintas y sus hermosas praderas, manifestando una alegría infantil que denotaba en ella tristes previsiones.

Como se viese precisado á levantar un pequeño muro de cemento desde el malecón del Gabou, á lo largo y en la parte baja de la colina llamada Correze, á Gerard se le ocurrió la idea de cercar el bosque de Montegnac y unirlo al parque. La señora Graslin señaló treinta mil francos anuales para esta obra, que exigiría por lo menos siete años de trabajos, pero que sustraería aquel hermoso bosque de los derechos que tiene el Estado sobre los bosques no cercados de los particulares. Los tres estanques del valle del Gabou quedarían de este

modo dentro del parque. Dichos estanques, que recibían el orgulloso nombre de lagos, tenían cada uno su isla. Este año, Gerard, de acuerdo con Grossetete, tenía preparada una sorpresa á la señora Graslin para el día de su cumpleaños. En la isla más grande, en la segunda, habían construido una pequeña cartuja, muy rústica por fuera y de una perfecta elegancia por dentro. Farrabesche, Fresquin, el sobrino de Clousier, el antiguo banquero y la mayor parte de las personas ricas de Montegnac tomaron parte en esta conspiración. Grossetete envió un bonito mobiliario para la cartuja. El campanario, copiado del de Vevay, hacía un magnífico efecto en medio del paisaje. Durante el invierno, Farrabesche y Guepin, ayudados por el carpintero de Montegnac, habían construido, pintado y aparejado seis botes, dos para cada estanque.

A mediados de mayo, la señora Graslin, después del almuerzo que acostumbraba á ofrecer á sus amigos, fué conducida por éstos á través del parque, que estaba admirablemente arreglado por Gerard, que lo cuidaba hacia ya cinco años como arquitecto y naturalista, hacia la hermosa pradera del valle del Gabou, en donde se veían los dos botes flotando en la orilla del primer lago. Esta pradera regada por los limpidos arroyos, estaba situada en la parte más baja del hermoso anfiteatro en donde empieza el valle del Gabou. Los bosques, artísticamente podados, ofrecían un espectáculo encantador y abrazaban la pradera, que le daba un aspecto de soledad muy grato al alma. Gerard había reproducido escrupulosamente aquella casa de campo del valle de Sión, que se encuentra en la carretera de Brigg, y que llama la atención de todos los viajeros. Este edificio estaba destinado á instalar las vacas y la lechería del castillo. Desde la galería se veía el paisaje creado por el ingeniero, y los lagos lo hacían digno de competir con los más bonitos paisajes de Suiza. El día era admirable. En el cielo azul, ni una nube; en la tierra, millares de esos encantadores accidentes que ofrece el hermoso mes de mayo. Los árboles plantados en las orillas: sauces llorones, fresnos, avellanos, álamos de Italia y de Virginia, espinos blancos, acacias, ábedules, especies todas escogidas y dispuestas como lo exi-

gían el terreno y la estética, retenían en su follaje algunos vapores desprendidos de las aguas y que parecían ligeras nubes. El agua de los estanques, clara como un espejo y tranquila como el cielo, reflejaba los elevados árboles del bosque, cuyas cimas, que se destacaban en la límpida atmósfera, contrastaban con los sotos de la parte baja envueltos en tupidos velos. Los lagos, separados por calzadas, desembocaban uno tras otro formando melodiosas cascadas. Dichas calzadas formaban también caminos que permitían pasar de una orilla á otra sin necesidad de dar la vuelta. Desde la quinta se veía, al otro lado del bosque, aquel terreno pedregoso é infértil que contrastaba con la frescura natural que los lagos habían dado al valle y á la llanura. Cuando Verónica vió la alegría de sus amigos, que le tendían la mano para que se embarcase en el bote más grande, sus ojos se humedecieron y les dejó obrar, guardando silencio hasta que llegaron á la primera calzada. Al llegar á ésta y cuando se disponía á embarcar en otro bote, vió la cartuja y á Grossetete sentado en un banco con toda su familia.

—¡Quieren hacerme tomar apego á la vida!—dijo al cura.

—Lo que queremos es impedir su muerte,—replicó Clousier.

—Nadie devuelve la vida á los muertos,—respondió ella.

El señor Bonnet dirigió una severa mirada á su penitenta haciéndole recobrar su imperio sobre sí misma.

—Déjeme usted dirigir su salud, y estoy seguro de que conservaré su gloria á este pueblo, y el lazo que une la vida de todos nuestros amigos,—le dijo Roubaud con voz dulce y suplicante.

Verónica bajó la cabeza, y Gerard remó lentamente hacia la isla atravesando este lago, que era el mayor de los tres, y en donde el ruido de las aguas del primero, que estaba entonces lleno, resonaba á lo lejos prestando melancólica voz á este delicioso paisaje.

—Hacen ustedes bien trayéndome á que me despida de esta maravillosa creación,—dijo Verónica al ver la belleza de los árboles de la isla, que estaban tan tupidos que ocultaban la orilla opuesta.

El silencio más absoluto fué el único reproche que sus amigos se atrevieron á dirigir á Verónica, la cual, ante una nueva mirada del señor Bonnet, saltó ligeramente á tierra, tomando un aire alegre que no dejó ya. En este momento estaba encantadora, y la familia Grossetete reconoció en ella á la hermosa señora Graslin de los tiempos pasados.

—Aun puedes vivir,—le dijo su madre al oído.

En aquel hermoso día de fiesta, en medio de aquella sublime creación, operada con los únicos recursos de la naturaleza, nada anunciaba que Verónica hubiese de experimentar una fuerte emoción, y, sin embargo, recibió el golpe de gracia. Para volver á casa tenían que atravesar unas praderas cuyos caminos, tan hermosos como los de las carreteras inglesas ó italianas, constituían el orgullo del ingeniero. La abundancia de piedra, que había sido amontonada á ambos lados del camino cuando se depuró de ellas el terreno, permitía conservarlas tan bien que parecía que estaban adoquinadas. Los coches esperaban en la desembocadura del primer valle, casi en la falda de Roca-Viva. Los troncos, formados por caballos criados en Montegnac, eran los primeros ejemplares que se habían obtenido y que se consideraban dignos de ser vendidos; el encargado de dirigir la cría del ganado había hecho separar una docena de ejemplares para el servicio de las cuadras del castillo, y el estreno de los caballos formaba parte del programa de la fiesta. En la calesa de la señora Graslin, que era un regalo de Grossetete, piafaban cuatro caballos enjaezados con sencillez. Después de la comida, la alegre comitiva fué á tomar café á un pequeño kiosco de madera, copiado de uno de los del Bósforo y situado en el extremo de la isla, desde donde se divisaba el último estanque. La casa de Colorat, pues el guarda, incapaz de llenar funciones tan difíciles como las del guardia general, había sucedido á Farrabesche, y la antigua casa, restaurada, formaban una de las fábricas de este paisaje, terminado por el gran malecón del Gabou, que ocultaba una porción de terreno de rica y vigorosa vegetación.

Desde el kiosco, la señora Graslin creyó ver á su hijo Francisco en los alrededores de la casa que había sido

de Farrabesche; lo buscó con la mirada, pero no lo encontró allí, y sí en la orilla opuesta del lago jugando con los hijos de las nietas de Grossetete. Verónica temió algún accidente. Sin escuchar á nadie bajó del kiosco, se embarcó en uno de los botes y se dirigió á buscar á su hijo. Este pequeño incidente fué causa de que todos abandonaran el kiosco. El venerable bisabuelo Grossetete fué el primero en proponer la idea de dar un paseo por el hermoso sendero que á un lado de los lagos seguía los caprichos de aquel suelo montañoso. La señora Graslin vió de lejos á Francisco en brazos de una mujer vestida de luto. A juzgar por la forma de su sombrero y por el corte de sus vestidos, aquella mujer debía ser extranjera. Verónica, asustada, llamó á su hijo, que no tardó en unirsele. Antes Verónica había preguntado á los niños:

—¿Quién es esa mujer y por qué está Francisco con ella?

—Esa señora lo ha llamado por su nombre,—dijo una de las niñas.

En este momento, la Sauviat y Gerard, que habían dejado atrás á los demás amigos, llegaron.

—No la conozco,—dijo el niño;—pero lo que puedo asegurarte es que las únicas que me abrazáis como ella sois tú y mi abuelita; además, ha llorado,—dijo á su madre al oído.

—¿Quiere usted que la siga?—dijo Gerard.

—No,—le respondió la señora Graslin con una brusquedad que no acostumbraba á usar.

Por delicadeza, Gerard se llevó consigo á los niños, yéndose al encuentro del resto de los amigos y dejando solos á la Sauviat, á la señora Graslin y á Francisco.

—¿Qué te ha dicho?—preguntó la Sauviat á su nieto.

—No lo sé, porque no hablaba en francés.

—Y ¿no recuerdas nada de lo que te dijo?—le preguntó Verónica.

—Sí, recuerdo que me decía: *Dear brother*, porque me lo repitió varias veces.

Verónica tomó el brazo de su madre y cogió á su hijo de la mano; pero apenas había dado algunos pasos, cuando las fuerzas le abandonaron.

—¿Qué tiene? ¿qué ha ocurrido?—preguntaron todos á la Sauviat.

—¡Oh! ¡mi hija está muy grave!—dijo con voz gutural y profunda la anciana auverniana.

Fué necesario llevar á la señora Graslin en un coche; mostró deseos de que subiesen con ella Alina y Francisco, y designó á Gerard para que la acompañase.

—Creo haberle oído decir que ha estado usted en Inglaterra y que sabe el inglés,—le dijo Verónica á Gerard tan pronto como se repuso de su emoción.—¿Qué significan las palabras: *Dear brother*?

—¿Quién no lo sabe?—exclamó Gerard.—Eso quiere decir: *Querido hermano*.

Verónica cambió con Alina y con la Sauviat una mirada que las hizo estremecer; pero éstas reprimieron su emoción. Los gritos de alegría de los que presenciaron la marcha de los coches, las pompas del sol poniente en las praderas, la arrogancia de los caballos, las risas de los amigos que acompañaban á galope su coche, nada pudo sacar á la señora Graslin de su estado de abatimiento. Su madre ordenó entonces al cochero que arrea-se, y el coche fué el primero en llegar al castillo. Cuando un poco más tarde llegaron los acompañantes, supieron que Verónica se había encerrado en sus habitaciones y que no quería ver á nadie.

—Mucho temo que la señora Graslin haya recibido un golpe mortal,—dijo Gerard á sus amigos.

—¿En dónde? ¿cómo?—preguntaron sus amigos.

—En el corazón,—respondió Gerard.

Dos días después, Roubaud partió para París; había encontrado á la señora Graslin tan gravemente enferma, que, para arrancarla á la muerte, iba á reclamar el concurso del mejor médico de París. Pero si Verónica había consentido en recibir á Roubaud, era únicamente para poner término á las instancias de su madre y de Alina, que no cesaban de suplicarle que se cuidase; pues ella, por su parte, comprendió que estaba herida de muerte. Se negó á ver al señor Bonnet, mandándole á decir que aun no había llegado la hora de la entrevista. Aunque todos los amigos que habían venido de Limoges para el día de su santo querían permanecer á su lado, les rogó que la dispensasen si no cumplía con sus deberes de hospitalidad, pues deseaba permanecer en la más perfecta soledad. Después de la brusca marcha de Rou-

baud, los huéspedes del castillo de Montegnac se volvieron á Limoges, más que contrariados, desesperados, toda vez que todos los que habían ido en compañía de Grossetete adoraban á Verónica. Por el camino hicieron mil conjeturas sobre el acontecimiento que había podido causar este misterioso desastre.

Una tarde, dos días después de la marcha de la numerosa familia de Grossetete, Alina introdujo á Catalina en la habitación de la señora Graslin. La Farrabesche quedó muda de asombro al observar el rápido cambio que se había operado en su dueña, cuyo rostro estaba casi descompuesto.

—¡Dios mío! señora, ¡cuánto mal ha hecho esa pobre joven!—exclamó.—Si Farrabesche y yo lo hubiésemos podido prever, nunca la hubiésemos recibido; dicha joven acaba de saber que la señora está enferma, y me envía para que diga á la señora Sauviat que desea hablarle.

—¿En dónde está?—preguntó Verónica.

—Mi marido la acompaña en este momento á la cartuja.

—Está bien,—respondió la señora Graslin,—déjenos y diga á Farrabesche que se retire. Anuncie asimismo á esa señora que mi madre irá á verla y que se espere.

Cuando llegó la noche, Verónica, apoyada en el brazo de su madre, se encaminó lentamente por el parque hacia el lago. La luna brillaba con todo su esplendor, el aire era suave, y las dos mujeres, visiblemente emocionadas, recibían alientos de la naturaleza. La Sauviat se detenía de vez en cuando y hacía descansar á su hija, cuyo estado era tan débil que hasta las once no pudo llegar á la orilla del lago, en cuyo centro brillaba el tejado de la cartuja. El resplandor de la luna daba á la superficie de las tranquilas aguas el color de las perlas. Los murmullos de la noche, que tanto resuenan en el silencio, formaban una suave armonía. Verónica y su madre atravesaron el lago, y llegadas á la cartuja se sentaron en un banco, contemplando el hermoso espectáculo que ofrecía aquella noche estrellada. El murmullo de dos voces y el ruido producido en la arena por los pasos de dos personas, que estaban aún distantes, fueron traídos por las aguas, que, en medio del silencio

de la noche, traducen los sonidos con tanta fidelidad como refleja los objetos cuando está tranquila. Por su exquisita dulzura, Verónica reconoció la voz del cura, así como el roce de la sotana y el chirrido de un vestido de seda que debía de ser producido por un falda de mujer.

—Entremos,—dijo Verónica á su madre.

Y ambas entraron en una salita baja.

—Hija mía,—decía el cura,—no la vitupero esta acción, ya veo que tiene disculpa; pero puede ser usted la causa de una desgracia irreparable, pues ella es el alma de este país.

—¡Oh! señor, me iré esta misma noche,—respondió la extranjera;—pero á usted puedo decirselo: dejar de nuevo el país, será para mí la muerte. Si yo hubiese permanecido un día más en aquel terrible Nueva York ó en los Estados Unidos, en donde no hay esperanza, ni fe, ni caridad, habría muerto sin haber estado enferma. El aire que respiraba me hacía daño al pecho, los alimentos no me nutrían, y á pesar de que parecía estar llena de vida y de salud, hubiese muerto. Mis sufrimientos cesaron tan pronto como puse los pies en el barco: creía estar en Francia. ¡Ah! señor, he visto morir de pesar á mi madre y á una de mis cuñadas. En fin, mi abuelo Tascherón y mi abuela han muerto, á pesar de las inauditas prosperidades de la Villatascherón. Si, mi padre fundó una aldea en el estado de Ohio. Esta aldea se ha convertido casi en una ciudad, y la tercera parte de las tierras que dependen de ella han sido cultivadas por nuestra familia, á quien Dios ha protegido constantemente: las tierras que hemos cultivado han producido siempre, sus productos son magníficos, y hoy somos ricos. Pudimos construir una iglesia católica, y, por lo tanto, el pueblo es católico; no sufrimos el contacto de ningún otro culto, y esperamos convertir con nuestro ejemplo á mil sectas que nos rodean. La verdadera religión tiene muy pocos partidarios en aquel triste país, en donde el dinero y el interés imperan, y en donde el alma tiene frío. Sin embargo, me volveré á morir allí, antes de causar el menor daño ni la más mínima pena á la madre de nuestro Francisco. Únicamente le ruego, señor Bonnet, que me acompañe esta noche al presbiterio para que pueda rezar sobre

su tumba, que es lo único que me ha traído aquí; pues á medida que me aproximaba al lugar en donde él está, me sentía transformada. No, ¡yo no esperaba ser tan feliz aquí!...

—Pues bien,—dijo el cura,—vamos allá, venga usted. Si llega un día en que pueda usted venir á ésta sin inconvenientes, yo le escribiré, Dionisia; aunque con esta visita á este su país, es fácil que pueda vivir allá sin sufrimientos.

—¡Abandonar este país ahora que está tan hermoso! ¡Mire usted lo que la señora Graslin ha hecho del Gaboul! —dijo señalando el lago alumbrado en estos momentos por la luna.—Pero, en fin, todos estos dominios llegarán á ser de nuestro querido Francisco, y con esta idea marchó tranquila.

—No, no marchará usted, Dionisia,—dijo Verónica presentándose de repente en la puerta de la cartuja.

La hermana de Juan Francisco Tascherón juntó las manos al ver aquel espectro que le hablaba. En este momento, la pálida Verónica, alumbrada por la luna, parecía una sombra que se dibujaba en las tinieblas de la puerta de la cartuja. Sus ojos brillaban como dos estrellas.

—¡No, hija mía, no se irá del país que ha venido á ver de tan lejos, y será usted dichosa, ó Dios rehusará secundar mis obras, pues Él es sin duda quien la envía á usted.

Y, dejando á su madre y al cura que se sentaron sobre el banco, tomó de la mano á la asombrada Dionisia, y la condujo hacia la otra orilla del lago.

—Dejémosle hacer lo que quiera,—dijo la Sauviat.

Algunos instantes después, Verónica volvió sola, y fué conducida de nuevo al castillo por su madre y por el cura. Sin duda había concebido algún secreto proyecto, puesto que nadie vió á Dionisia en el país ni oyó hablar de ella. Al acostarse de nuevo la señora Graslin, lo hizo para no levantarse más; fué cada día de peor en peor, y pareció contrariada por no poder levantarse, pues, en vano, había intentado varias veces pasearse por el parque. Sin embargo, algunos días después de esta escena, á principios del mes de junio, hizo una mañana un violento esfuerzo sobre sí misma, se

levantó, y quiso vestirse y adornarse como para un día de fiesta; rogó á Gerard que le diese el brazo, pues sus amigos venían todos los días á enterarse de su salud; y cuando Alina dijo que su señora quería pasearse, todos acudieron al castillo. La señora Graslin, que habia reunido todas sus fuerzas, las agotó para dar este paseo. Cumplió sus planes llevada de un paroxismo de voluntad que debía tener una funesta reacción.

—Vamos á la cartuja, solos,—dijo á Gerard con voz dulce y mirándole con una especie de coquetería.—Esta será mi última escapada, pues he soñado que los médicos llegarán esta tarde.

—¿Quiere usted ver sus bosques?—le preguntó Gerard.

—Por última vez,—repuso ella;—pero tengo que hacerle á usted singulares proposiciones,—le dijo con voz insinuante.

Obligó á Gerard á que se embarcase con ella en el segundo lago, hasta el cual llegó ella á pie. Cuando el ingeniero la vió andar un trayecto tan largo, quedó sorprendido.

—Amigo mío,—le dijo después de una larga pausa durante la cual habia contemplado el cielo, el agua, las colinas, las orillas,—tengo que hacerle la petición más rara que pueda imaginarse; pero espero que usted me obedecerá.

—En todo, porque estoy seguro de que no podrá usted pedirme nada que no sea bueno,—exclamó Gerard.

—Quiero que usted se case,—respondió ella,—y si así lo hace, cumplirá los deseos de una moribunda, y al mismo tiempo labrará usted su dicha.

—Soy demasiado feo,—dijo el ingeniero.

—La persona que voy á presentarle es bonita, joven, quiere vivir en Montegnac, y si se casa con ella, contribuirá usted á endulzar mis últimos momentos. No hablemos aquí de sus cualidades, pues se la doy como criatura excepcional; y respecto á gracia, juventud, hermosura, con verla basta, y nosotros vamos á verla en seguida en la cartuja. A nuestra vuelta me contestará usted seriamente con un sí ó un no definitivo.

Después de esta confidencia, el ingeniero aceleró el movimiento de los remos, lo cual hizo sonreír á la se-

ñora Graslin. Dionisia, que vivía oculta en la cartuja, reconoció á la señora Graslin y se apresuró á abrir. Verónica y Gerard entraron. La pobre muchacha no pudo menos de ruborizarse al encontrar la mirada del ingeniero, que quedó agradablemente sorprendido de la belleza de Dionisia.

—Supongo que la Curieux la habrá provisto de todo lo necesario,—le preguntó Verónica.

—Vea usted, señora,—le dijo Dionisia enseñándole el almuerzo.

—Este es el señor Gerard de quien tanto la he hablado,—repuso Verónica;—será el tutor de mi hijo, y, después de mi muerte, vivirán juntos en el castillo hasta que llegue á la mayor edad.

—¡Oh! señora, no me hable usted de ese modo.

—Pero mireme usted, hija mía,—dijo á Dionisia, cuyos ojos estaban humedecidos por las lágrimas.—Acaba de llegar de Nueva York,—dijo á Gerard.

Este fué el modo de poner en relación á aquella pareja. Gerard hizo varias preguntas á Dionisia, y Verónica les dejó hablar y se fué á mirar el último lago del Gabou. A eso de las seis, Gerard y Verónica volvían á atravesar el lago.

—Y bien, ¿qué le parece á usted?—preguntó Verónica, mirando á su amigo.

—Cuenta usted con mi palabra.

—Aunque ya sé que no hará usted caso de las preocupaciones sociales, creo que no debe ignorar la cruel circunstancia que ha hecho abandonar el país á esa pobre muchacha, atraída hoy aquí por la nostalgia,—repuso Verónica.

—¿Alguna falta?

—¡Oh! no, de ser eso, ¿se la hubiera presentado? Es la hermana de un obrero que murió en el patíbulo.

—¡Ah! Tascherón, el asesino del padre Pingret,—repuso el ingeniero.

—Sí, es la hermana de un asesino, y, si le parece, puede usted recoger su palabra,—repitió la señora Graslin con profunda ironía.

Aun no habia acabado de decir estas palabras, cuando Gerard se vió obligado á llevarla á un banco, en donde permaneció algunos instantes sin conocimiento.

Cuando volvió en sí, vió á Gerard de rodillas que le decía:

—Me casaré con Dionisia.

La señora Graslin levantó á Gerard, le tomó la cabeza, le besó la frente; y, al ver que se asombraba de esta acción, le estrechó la mano, diciéndole:

—¡Bien pronto sabrá usted la solución de este enigma! Procuremos volver á la terraza, en donde encontraremos á nuestros amigos; es muy tarde, estoy muy débil, y, sin embargo, quiero dar un último adiós á esta gran llanura.

Aunque había hecho un calor insoportable durante el día, las tempestades que durante aquel año devastaron una parte de Francia y de Europa, aunque respetaron el Limosín, tuvieron lugar en el departamento del Loire, y el aire empezaba á refrescar. El cielo estaba entonces tan puro que la mirada podía apreciar los menores detalles en el horizonte. ¿Qué palabra es capaz de describir el delicioso concierto que describen los ahogados rumores de la aldea, animada por los trabajadores que volvían del campo? Para reproducir aquella escena se necesita un paisajista y un pintor que se dedique á la figura. El cansancio de la naturaleza y el del hombre, ¿no tienen una semejanza muy curiosa y muy difícil de describir? El calor de un día canicular y la rarefacción del aire dan entonces al menor ruido toda su significación. Las mujeres, sentadas en las puertas, esperando á sus maridos y á sus hijos, charlan y trabajan aún. Los tejados despiden los humos que anuncian la última comida del día, la más alegre para los aldeanos, porque después han de dormir. El movimiento expresa entonces los pensamientos felices y tranquilos de aquellos que han acabado su tarea; se oyen cantos cuyo carácter es muy diferente de los de la mañana. En esto, los aldeanos imitan á los pájaros, cuyos gorjeos y trinos no se parecen en nada por la noche á sus gritos y cantos de la mañana. La naturaleza toda canta entonces un himno de descanso como canta otro de alegría al aparecer el sol. Las menores acciones de los seres animados parecen teñirse entonces con los dulces y armoniosos colores que el sol poniente da á los campos, prestando á la arena de los caminos un carácter

plácido. Si alguien se atreviese á negar la influencia de esta hora, la más hermosa del día, le desmentirían las flores embriagándole con sus más penetrantes perfumes, perfumes que exhalan á esta hora y mezclan con los gritos más tiernos de los insectos y con los amorosos murmullos de los pájaros. Los regueros que surcan la llanura al otro lado de la aldea estaban velados por finos y ligeros vapores. En las grandes praderas, divididas por la carretera vecinal, á la que dan sombra en este momento los álamos y las acacias, se veían los inmensos y célebres rebaños esparramados ó agrupados, los unos rumiando y los otros paciendo aún. Los hombres, las mujeres y los niños acababan los trabajos más agradables del campo, los de la siega del heno. El aire de la noche, animado por la súbita frescura de las tempestades, traía consigo los agradables olores de las hierbas segadas y de los haces formados ya. Los menores detalles de este hermoso panoramase veían perfectamente: los que, temiendo la tormenta, acababan á toda prisa los haces, en torno de los cuales se agrupaban los hacinadores con sus horquillas cargadas; los que llenaban los carros, los que en lejanía segaban aún, los que recogían las hierbas segadas ya para hacinarlas, y los que se apresuraban á recoger sus útiles para volver á casa. Se oían las risas de los que jugaban, mezcladas con los gritos que daban los chicos al refocilarse entre la hierba. Se veían los jubones de color de rosa, ó encarnados, ó azules, las pañoletas, las piernas desnudas, los brazos de las mujeres, cubiertas con aquellos sombreros de anchas alas de paja ordinaria, y las camisas de los hombres, vestidos casi todos con pantalones blancos. Los últimos rayos del sol se deslizaban á través de las largas hileras de álamos plantados en los bordes de los regueros que dividían la llanura en praderas desiguales, y acariciaban los grupos compuestos de caballos, de carros, de hombres, de mujeres, de niños y de ganado. Los pastores empezaban á reunir sus rebaños llamándolos con sus rústicos cuernos. Aquella escena era ruidosa y silenciosa á la par, singular antítesis que no asombrará á los que conozcan los esplendores del campo. A uno y otro lado de la aldea se sucedían los convoyes de verde forraje. Este espec-

táculo tenía un no sé qué que adormecía. Por eso iba silenciosa Verónica entre Gerard y el cura. Cuando una brecha formada por una calle campestre entre las casas que se extendían debajo de la terraza del presbiterio de la iglesia permitía á la mirada escudriñar la calle mayor de Montegnac, Gerard y el señor Bonnet veían que los ojos de las mujeres, de los hombres y de los niños, vueltos hacia ellos, los seguían, y particularmente, á la señora Graslin. ¡Cuántas ternuras y agradecimientos encerraban sus actitudes! ¡Cuántas bendiciones dirigían á Verónica! ¡Con qué religiosa atención eran contemplados aquellos tres bienhechores del país! A todos los cantos de la tarde, el hombre añadía un himno de agradecimiento. Pero si la señora Graslin marchaba con los ojos vueltos hacia aquellas magníficas capas de verdura, que eran su creación más querida, el sacerdote y el alcalde no cesaban de contemplar los grupos de abajo, cuya expresión no daba lugar á dudas: el dolor, la melancolía y los pesares mezclados de esperanza, se pintaban en ellos. Nadie ignoraba en Montegnac que el señor Roubaud había ido á París á buscar médicos, y que la bienhechora de aquella comarca estaba atacada de enfermedad mortal. En todos los mercados de diez leguas á la redonda, los aldeanos preguntaban á los de Montegnac: «¿Cómo va vuestra señora?» En medio de este cuadro campestre la idea de la muerte se cernía sobre todo el país. De lejos, en la pradera, más de un segador afilando su hoz, más de una joven con los brazos apoyados en su horquilla, más de un casero desde el patio de su cortijo, al ver á la señora Graslin, se quedaba pensativo, ora mirando á aquella gran mujer, la gloria de Correzè, y buscando algo en que pudiese ver un favorable augurio, ó mirando para admirarla, llevado de un sentimiento que le interesaba más que su trabajo. «Se pasea, luego está mejor». Estas sencillas palabras salían de todos los labios. La madre de la señora Graslin, sentada en aquel banco que Verónica había hecho poner en el extremo de la terraza, desde cuyo ángulo se veía el cementerio á través de la balaustrada, estudiaba los movimientos de su hija; examinaba su actitud, y algunas lágrimas brotaban de sus ojos. Iniciada en los esfuerzos que suponía en aquel valor sobrehuma-

no, sabía que Verónica sufría en aquel momento los dolores de una horrible agonía, y que se mantenía de pie gracias únicamente á su heroica voluntad. Estas lágrimas casi rojas que recorrieron aquel rostro septuagenario, tostado, arrugado, excitaron las del joven Graslin, á quien el señor Ruffin tenía entre sus piernas.

—¿Qué tienes, hijo mío?—le dijo vivamente su preceptor.

—Mi abuela llora,—respondió el niño.

El señor Ruffin, cuyos ojos se habían fijado en la señora Graslin que venía hacia ellos, miró á la madre Sauviat, y experimentó una viva emoción al ver aquel anciano rostro de matrona romana petrificado por el dolor y humedecido por las lágrimas.

—Señora, ¿por qué no le prohibió usted que saliese?—dijo el preceptor á aquella anciana madre, cuyo mudo dolor hacía augusta y sagrada.

Mientras que Verónica se aproximaba con paso majestuoso y de admirable elegancia, la Sauviat, llevada de la desesperación de sobrevivir á su hija, dejó escapar el secreto de muchas cosas que excitaban la curiosidad.

—¡Andar y llevar un cilicio atroz de crin, que le va haciendo continuos arañazos en la piel!

Esta palabra heló al joven, que no había podido permanecer insensible á la exquisita gracia de los movimientos de Verónica, y que se estremeció al pensar en el horrible y constante imperio que aquella alma debía haber ejercido sobre el cuerpo. La parisiense más notable por la elegancia de sus modales, de su actitud y de su paso, no la hubieran igualado en este momento.

—Lo lleva hace trece años, pues se lo puso tan pronto como acabó de criar al pequeño,—dijo la anciana señalando al joven Graslin.—Ha hecho tantos milagros aquí, que si se conociese su vida podría ser canonizada. Desde que está aquí nadie le ha visto comer; ¿sabe usted por qué? Porque Alina le llevaba tres veces al día un pedazo de pan seco y una cazuelita de legumbres cocidas con agua sin sal, en un plato de tierra encarnada semejante á los que se usan para echar la comida á los perros. Sí, este ha sido el alimento de la que ha dado vida á esta comarca. Hace sus oraciones arrodillada sobre el cilicio. A no ser por estas austeridades, no la vería

nunca mostrarse tan risueña como se muestra. Le digo esto,—repuso la anciana en voz baja,—para que se lo diga usted al médico que el señor Roubaud ha ido á buscar á París. Impidiendo que mi hija continuase imponiéndose estas penitencias, acaso se salvase aún, aunque la muerte se cierne ya sobre su cabeza. ¡Ah! es preciso que yo sea muy fuerte para haber resistido durante quince años todas estas cosas.

Esta anciana mujer tomó la mano de su nieto, la levantó y se la puso sobre la frente y sobre sus carrillos, como si aquella mano infantil destilase un bálsamo consolador; después depositó en su cara un beso lleno de un afecto cuyo secreto pertenece tanto á las abuelas como á las madres. Verónica había llegado entonces á algunos pasos del banco, en compañía de Clousier, del cura y de Gerard. Alumbrada por los resplandores del sol poniente, estaba resplandeciente de horrible hermosura. Su amarilla frente, surcada por profundas arrugas, revelaba la existencia de un pensamiento fijo en medio de profundas preocupaciones. Su rostro, desprovisto de todo color, y completamente blanco, con la blancura mate y aceitunada de las plantas sin sol, dejaba ver las huellas de los grandes sufrimientos físicos producidos por padecimientos morales. Combatía el alma por medio del cuerpo, y recíprocamente. Estaban completamente destruida, que sólo se parecía á sí propia como se parece una mujer vieja á su retrato de joven. La ardiente expresión de sus ojos anunciaba el despótico imperio ejercido por una voluntad cristiana sobre el cuerpo, reducido á lo que la religión quiere que sea. En aquella mujer el alma arrastraba al cuerpo, como el Aquiles de la poesía profana había arrastrado á Héctor; lo llevaba misteriosamente por los caminos pedregosos de la vida haciéndole dar vueltas durante quince años en torno de la Jerusalén celeste, donde esperaba entrar, no por medio de supercherías, sino en medio de aclamaciones triunfales. Ninguno de los solitarios que vivieron en los secos y áridos desiertos africanos fué nunca más dueño de sí mismo que lo fué Verónica en medio de aquel magnífico castillo, en aquel país opulento de encantadoras y voluptuosas vistas, bajo el manto protector de aquel inmenso bosque en donde la ciencia, que ha heredado la

varilla de Moisés, hizo brotar la abundancia, la prosperidad y la dicha de toda una comarca. Verónica contemplaba los resultados de doce años de paciencia, obra que hubiese enorgullecido á un hombre superior, con la dulce modestia que el pincel de Pontorno puso en el sublime rostro de su *Castidad cristiana acariciando al celeste unicornio*. La religiosa castellana, cuyo silencio era respetado por sus dos compañeros al ver que tenía los ojos fijos en las llanuras áridas en otro tiempo y féculas á la sazón, llevaba los brazos cruzados y tenía los ojos fijos en el horizonte.

De repente se detuvo á dos pasos de su madre, que la contemplaba del mismo modo que debió contemplar en la cruz á su hijo la madre de Cristo, levantó la mano, y, señalando el punto en que se unía la carretera con el camino de Montegnac, dijo sonriéndose:

—¿Ven ustedes aquella calesa con cuatro caballos? es la del señor Roubaud que vuelve. Pronto sabremos las horas que me quedan de vida.

—¿Horas?—dijo Gerard.

—¿No le dije que daba mi último paseo?—le contestó. —¿No he venido para contemplar en todo su esplendor y por última vez este hermoso espectáculo?

Y señaló la aldea, cuya población estaba agrupada en este momento en la plaza de la iglesia, y después las hermosas praderas iluminadas por los últimos rayos del sol.

—¡Ah!—continuó,—permítidme que vea una bendición de Dios en la extraña disposición atmosférica á que hemos debido la conservación de nuestra cosecha. En torno nuestro las tempestades, las lluvias, el hielo y el rayo han herido sin tregua ni piedad. El pueblo lo piensa de este modo, ¿por qué no he de hacer yo lo mismo? Necesito encontrar en todo esto un buen augurio para lo que me espera cuando haya cerrado los ojos.

El niño se levantó, tomó la mano de su madre y se la puso sobre la cabeza. Verónica, enternecida con aquel movimiento lleno de elocuencia, cogió á su hijo, y con una fuerza sobrenatural, lo sentó en su brazo izquierdo como si fuese un niño de teta, lo abrazó, y le dijo:

—¿Ves esta tierra, hijo mio? pues bien, cuando seas hombre, continúa la obra de tu madre.

—Existe un corto número de seres fuertes y privilegiados que pueden mirar la muerte frente á frente, tener con ella un largo duelo y desplegar un valor y una habilidad que admiran; usted nos ofrece ese terrible espectáculo, señora,—le dijo el cura con voz grave;—pero tiene poca piedad por nosotros; déjenos creer que se engaña usted y que Dios permitirá que usted concluya lo que ha empezado.

—Yo no he hecho nada más que ayudarles, amigos míos; pero en lo sucesivo ya no podré serles útil. Todo es verde en torno nuestro, y lo único que hay aquí desolado es mi corazón,—contestó Verónica.—Ya lo sabe usted, mi querido cura, yo sólo puedo encontrar la paz y el perdón allí.

Y tendió la mano hacia el cementerio. Desde el día de su llegada, en que tan mala se puso en aquel sitio, no había dicho cosa semejante. El cura contempló á su penitenta, y la larga costumbre que tenía de penetrarla le hizo comprender que con aquella sencilla palabra había conseguido un nuevo triunfo. Para pronunciar aquella palabra, que tantas cosas encerraba, Verónica había tenido que hacer un gran esfuerzo sobre sí misma. El cura unió las manos de aquel modo lleno de unción que le era familiar, y miró con profunda emoción religiosa el grupo formado por aquella familia, cuyos secretos poseía. Gerard, á quien las palabras de paz y de perdón debían parecer extrañas, quedó estupefacto. El señor Ruffin fijó sus ojos en Verónica como si fuese un estúpido. En este momento la cáleza, arrastrada rápidamente, iba aproximándose.

—Son cinco,—dijo el cura, que pudo ver y contar á los viajeros.

—¡Cinco!—repuso Gerard.—¿Sabrán más cinco que dos?

—¡Ah! ¡también viene el fiscal!—exclamó la señora Graslin apoyándose en el brazo del cura.

—¡Y papá Grossetete también!—dijo el joven Graslin.

—Señora,—dijo el cura, sosteniendo á la señora Graslin y separándola algunos pasos,—tenga valor y muéstrese digna de usted.

—¿Qué querrá?—se dijo apoyándose en la balaustada.—¡Madre mía!

La anciana Sauviat acudió con una vivacidad que desmentía sus años.

—¡Lo volveré á ver!—dijo Verónica á su madre, una vez que ésta estuvo á su lado.

—Cuando viene con el señor Grossetete, señal que trae buenas intenciones,—dijo el cura.

—¡Ah! señor, mi hijase muere,—dijola Sauviat viendo la impresión que estas palabras hicieron en el rostro de su hija.—¿Podrá soportar su corazón semejantes emociones? Hasta ahora el señor Grossetete había impedido que ese hombre volviese á ver á mi hija.

La señora Graslin tenía el rostro encendido.

—¿De modo que usted le odia aún?—preguntó el cura Bonnet á su penitenta.

—Salió ya de Limoges con el objeto de que no se mezclasen allí en sus secretos,—dijo la Sauviat, asustada al ver el rápido cambio que se operaba en las facciones descompuestas ya de la señora Graslin.

—¿No ve usted que envenenará las últimas horas que me quedan, horas en que sólo debía pensar en el cielo? ¡Su presencia unirá mi pensamiento á la tierra!—exclamó Verónica.

El cura volvió á tomar por el brazo á la señora Graslin y la obligó á dar algunos pasos en su compañía. Cuando estuvieron solos la contempló, dirigiéndole una de aquellas angelicales miradas con que sabía calmar los impulsos más violentos del alma, y le dijo:

—Si es así, como confesor que soy de usted, le ordeno que le reciba, que esté afable y afectuosa con él y que se desprovea de esa capa de cólera, perdonándole como Dios la ha de perdonar á usted. ¡Aun existen restos de pasión en esa alma que yo creía purificada! Queme ese último grano de incienso en el altar de la penitencia, ó de lo contrario todo será falso en usted.

—Aun había que hacer este esfuerzo, y ya está hecho,—respondió Verónica enjugándose los ojos.—El demonio habitaba aún en este último pliegue de mi corazón, y Dios, sin duda, ha puesto en la mente del señor Grandville la idea de venir aquí. ¿Cuántas veces me herirá Dios aún en vida?—exclamó.

Después se detuvo como para hacer una oración mental, y, encaminándose hacia su madre, le dijo:

—Querida madre, sea usted cariñosa y afable con el señor fiscal.

El cuerpo de la auverniana sufrió un estremecimiento febril, y la anciana dijo al cura, cogiéndole la mano:

—¡Ya no hay esperanza!

En este momento, la calesa, anunciada por el látigo del postillón, subía la cuesta y como la reja estuviese abierta, entró en el patio, y los viajeros llegaron en seguida á la terraza. Eran éstos el ilustre arzobispo Dutheil, que había ido á Limoges para consagrar á monseñor Gabriel de Rastignac, el fiscal, el señor Grossetete y el señor Roubaud, que daba el brazo á uno de los médicos más célebres de París, á Horacio Bianchón.

—Sean bien venidos,—dijo Verónica á sus huéspedes.—Y usted, particularmente,—añadió estrechando la mano del fiscal.

El asombro de Grossetete, del arzobispo y de la Sauviat fué tan grande, que se sobrepuso á la discreción que distingue á todos los aldeanos. Los tres se miraron sorprendidos.

—Contaba con la intervención de monseñor y de mi buen amigo Grossetete para obtener de usted una favorable acogida. Si no la hubiese vuelto á ver, hubiese tenido toda mi vida un gran pesar.

—Doy las gracias al que le ha acompañado aquí,—respondió mirando al conde de Grandville por primera vez después de quince años.—Le he odiado á usted durante mucho tiempo; pero al fin he reconocido la injusticia de mis apreciaciones y sentimientos, y ya conocerá la causa si permanece en Montegnac hasta pasado mañana. El señor confirmará, sin duda, mis aprehensiones,—dijo dirigiéndose á Horacio Bianchón.—Monseñor, Dios os envía,—dijo inclinándose ante el arzobispo.—Supongo que, dada nuestra amistad, no se negará usted á asistirme en mis últimos momentos. No sé á qué se debe el favor que recibo viéndome rodeada en mis últimos momentos de todos los seres que me han amado y sostenido en la vida.

Al pronunciar la palabra *amado* se volvió con gracioso ademán hacia el señor Grandville, cuyos ojos se humedecieron de emoción. El más profundo silencio reinó entre aquella reunión de gentes. Los dos mé-

dicos se preguntaban por qué sortilegio se mantenía de pie aquella mujer, sufriendo lo que debía sufrir. Los otros tres estaban tan asombrados de los cambios que la enfermedad había producido en ella, que se comunicaban sus pensamientos con los ojos.

—Permítanme que vaya con estos señores, pues el asunto es urgente,—dijo Verónica con su gracia habitual.

Y saludando á sus huéspedes, dió un brazo á cada médico, y se dirigió hacia el castillo con un trabajo y una lentitud que revelaban una próxima y terrible catástrofe.

—Señor Bonnet, usted ha operado prodigios,—dijo el arzobispo mirando al cura.

—Monseñor, no he sido yo, sino Dios,—respondió el señor Bonnet.

—Decían que estaba moribunda,—exclamó Grossetete;—pero está muerta, y sólo queda su espíritu.

—Su alma,—dijo Gerard.

—¡Siempre es la misma!—exclamó el fiscal.

—Es estoica como los antiguos del Pórtico,—dijo el preceptor.

Y se pasearon todos en silencio á lo largo de la ba-laustrada mirando el paisaje, al que daban tintes rojizos los últimos rayos del sol.

—Para mí, que he visto este país hace quince años,—dijo el arzobispo señalando las llanuras fértiles, el valle y el monte de Montegnac,—este milagro es tan extraordinario como el que acabo de presenciar; porque ¿cómo puede tenerse de pie la señora Graslin? En mi concepto debía de estar acostada.

—Lo estaba,—dijo la Sauviat.—Durante los diez días que guardó cama intentó levantarse para ver por última vez el país.

—Comprendo que haya deseado dar el último adiós á su creación; pero se exponía á morir en la terraza,—dijo el señor Grandville.

—El señor Roubaud nos había recomendado que no la contrariásemos.

—¡Qué prodigio!—dijo el obispo cuyos ojos no cesaban de contemplar el paisaje.—Ha logrado fertilizar el desierto. Pero ya sabemos, caballero, que sus tra-

bajos han contribuido mucho á este éxito,—añadió dirigiéndose á Gerard.

—Sí, nosotros hemos sido los obreros, los brazos; pero ella ha sido el pensamiento,—respondió el alcalde.

La Sauviat dejó el grupo para ir á conocer la opinión del médico de París.

—Para ser testigos de esta muerte, necesitaremos mucho heroísmo,—dijo el fiscal al arzobispo y al cura.

—Sí; pero por semejante amiga se pueden hacer grandes sacrificios,—dijo Grossetete.

Aquellos amigos, después de haber dado algunas vueltas, llenas sus mentes de tristes pensamientos, vieron venir hacia ellos á dos aldeanos que se dijeron comisionados por toda la aldea; que, presa de dolorosa impaciencia, deseaba conocer la sentencia pronunciada por el médico de París.

—Están en consulta y no sabemos nada aún, amigos míos,—les respondió el arzobispo.

El señor Roubaud llegó en aquel momento, y sus precipitados pasos hicieron apresurar los de los que esperaban.

—Y bien, ¿qué hay?—dijo el alcalde.

—No le quedan cuarenta y ocho horas de vida,—respondió el señor Roubaud.—En mi ausencia, el mal ha hecho horribles progresos, y el señor Bianchón no comprende cómo ha podido andar. Estos fenómenos tan raros son producto siempre de una gran exaltación. De modo, señores,—dijo el médico al arzobispo y al cura,—que ahora les tocará á ustedes, ya que la ciencia es inútil, y que mi ilustre colega cree que apenas le quedará á usted el tiempo necesario para sus ceremonias.

—Vamos á hacer las cuarenta horas,—dijo el cura á sus feligreses.—¿Se dignará su grandeza administrarle los últimos sacramentos?

El arzobispo inclinó la cabeza, y no pudo decir nada porque sus ojos estaban llenos de lágrimas. Todo el mundo se sentó ó apoyó los codos en la balaustrada, entregándose á tristes pensamientos. El triste vuelo de las campanas de la iglesia empezó á oírse, y pronto se vió al pueblo entero encaminándose hacia el pórtico de la iglesia. Los reflejos de los cirios encendidos pudieron percibirse á través de los árboles del jardín del señor

Bonnet, al mismo tiempo que empezaban los cantos. En los campos sólo reinaban los rojizos resplandores del crepúsculo, ya que los cantos de los pájaros habían cesado. La rana era la única que dejaba oír su nota larga, clara y melancólica.

—Vamos á cumplir con nuestros deberes,—dijo el arzobispo marchando con paso lento.

La consulta había tenido lugar en el gran salón del castillo. Esta inmensa pieza comunicaba con un cuarto amueblado con objetos tapizados con damasco rojo, en donde el fastuoso Graslin había desplegado la magnificencia propia del banquero. En catorce años Verónica no había entrado allí seis veces, pues, como no recibía á nadie, las grandes habitaciones le eran completamente inútiles; pero el esfuerzo que acababa de hacer para cumplir su último deber y domar la última rebelión de su alma, le había quitado las fuerzas y no pudo subir á su habitación. Cuando el ilustre médico le hubo tomado el pulso, miró al señor Roubaud haciéndole una seña, y entre los dos la cogieron y la llevaron al lecho de aquel cuarto. Alina abrió inmediatamente las puertas. Como todas las camas de adorno, ésta no tenía sábanas; los dos médicos depositaron á la señora Graslin sobre la colcha de damasco encarnado y la tendieron allí. Roubaud abrió las ventanas y llamó. Los criados y la anciana Sauviat acudieron y encendieron las amarillentas bujías de los candelabros.

—Está visto,—exclamó la moribunda sonriéndose,—que mi muerte será lo que debe ser para un alma cristiana: una fiesta.

Durante la consulta había dicho:

—El señor fiscal ha llenado su misión; yo me iba, y él me ha empujado...

La anciana madre miró á su hija, poniéndose un dedo en los labios.

—Madre mía, hablaré,—le respondió Verónica.—Mire, la mano de Dios se echa de ver en todo esto; voy á expirar en un cuarto encarnado.

La Sauviat salió asustada al oír estas palabras, exclamando:

—¡Alina! ¡Va á hablar!

—¡Ah! la señora no está buena de la cabeza,—ex-

clamó la fiel criada, que llevaba sábanas.—Vaya á buscar al señor cura, señora.

—Hay que desnudar á vuestra ama,—dijo Bianchón cuando entró la camarera.

—Eso será muy difícil; la señora está envuelta en un cilicio de crin.

—¡Cómo! ¡todavía se practican semejantes horrores en el siglo XIX!

—La señora Graslin no me ha permitido nunca que la reconociese,—dijo el señor Roubaud.—He tenido que juzgar la enfermedad por el estado de su cara, por el pulso y por los informes que me daban su madre y su criada.

Mientras que arreglaban la cama, que ocupaba el fondo de la habitación, habían puesto á Verónica sobre un canapé. Los médicos hablaban en voz baja. La Sauviat y Alina hicieron la cama. El rostro de las dos avernianas espantaba, pues reflejaba esta idea que lace-raba sus corazones: «¡Va á morir, y hacemos su cama por última vez!» Antes de todo, Bianchón exigió que Alina y la Sauviat empleasen su autoridad y reemplazasen el cilicio de crin por una camisa. Mientras duró esta operación, los dos médicos estuvieron fuera del cuarto. Cuando Alina pasó, llevando el terrible instrumento de penitencia envuelto en una servilleta, les dijo:

—El cuerpo de la enferma no es más que una llaga.

Los dos doctores entraron.

—Señora, su voluntad es más fuerte que la de Napoleón,—dijo Bianchón después de algunas preguntas, á las que Verónica respondió con claridad.—Conserva usted su espíritu y sus facultades en el último período de la enfermedad en que el emperador había perdido su radiante inteligencia. Después de lo que sé de usted, tengo que decirle la verdad.

—Se lo pido encarecidamente,—dijo Verónica.—Usted tiene poder para medir mis fuerzas, y yo necesito conservar mi vida algunas horas.

—Ahora no piense más que en su salvación,—dijo Bianchón.

—Si Dios me concede la gracia de dejarme morir con todos mis sentidos, crea usted que ese favor ha de re-

dundar en beneficio de la gloria de su Iglesia,—respondió con una sonrisa celeste.—Mi presencia de ánimo me es necesaria para llenar un pensamiento de Dios, mientras que Napoleón había cumplido ya todo su destino.

Los dos médicos se miraron con asombro al escuchar aquellas palabras, pronunciadas con tanta naturalidad como si la señora Graslin estuviese en un salón.

—¡Ah! este es el médico que me ha de curar,—dijo al ver que entraba el arzobispo.

Reunió todas sus fuerzas para incorporarse en la cama y despedirse afectuosamente del señor Bianchón, rogándole que aceptase una recompensa, á más del dinero, por la buena noticia que acababa de darle; dijo algunas palabras al oído de su madre, la cual acompañó al médico; después rogó al arzobispo que esperase un momento la llegada del cura, y manifestó deseos de descansar un momento. Alina veló á su ama. A las dos de la noche la señora Graslin despertó, y mandó llamar al arzobispo y al cura que rogaban en aquel momento por la salvación de su alma. Hizo una señal despidiendo á su madre y á la criada, y los dos sacerdotes se aproximaron á su cabecera.

—Ni á usted, monseñor, ni al señor cura, he de decirles nada que no sepan ya. Monseñor, usted fué el primero que sumergió su mirada en mi conciencia y que leyó casi todo mi pasado; y, con lo que usted ha entrevisto, le basta. Mi confesor, este ángel que el cielo puso á mi lado, sabe algo más: á él tuve que confesárselo todo. A usted, cuya inteligencia está alumbrada por el espíritu de la Iglesia, quiero consultarle sobre el cómo debe abandonar la vida una verdadera cristiana. Ustedes, almas santas y austeras, ¿creen que se habrán llenado todos los deberes de aquí abajo con un grande y profundo arrepentimiento de la falta cometida?

—Sí, sí, hija mía,—dijo el arzobispo.

—No, no, padre mío,—dijo irguiéndose y despidiendo centelleantes miradas.—A algunos pasos de aquí existe una tumba donde yace un desgraciado que lleva el peso de un horrible crimen, y en esta suntuosa morada existe una mujer adornada con la aureola y el renombre de bienhechora y virtuosa. ¡A esta mujer todo el mundo la bendice! ¡A aquel pobre hombre todo el

mundo le maldice! El criminal está agobiado por la reprobación, y yo gozo de la estimación general; yo he contribuido en gran parte á su crimen, y él, en cambio, ha contribuido mucho á mi gloria; yo, hipócrita, merezco alabanzas, y él, mártir de su discreción, está cubierto de oprobio. Yo moriré dentro de algunas horas, y toda una comarca me llorará y celebrará mis virtudes, mi caridad, mi piedad, mientras que él murió en medio de injurias, en presencia de una población que acudió á presenciar su muerte llevada de su odio á los asesinos. Ustedes, jueces míos, serán indulgentes; pero yo oigo en mí una voz imperiosa que no me deja reposo. ¡Ah! la mano de Dios, menos suave que la vuestra, me ha golpeado á diario para advertirme que aun no lo había expiado todo. Mis faltas no serán perdonadas hasta que haga una confesión pública. ¡Él es feliz! Criminal, supo dar su vida sufriendo ignominia en presencia del cielo y de la tierra. Yo, engaño aún al mundo como engañé á la justicia humana. No ha habido homenaje que no me haya parecido un insulto, ni elogio que no me haya devorado el corazón. ¿No ven en la llegada aquí del fiscal una orden del cielo que está de acuerdo con la voz que me grita: Confiesa?

Los dos sacerdotes, lo mismo el príncipe de la Iglesia que el humilde cura, tenían los ojos bajos y guardaban silencio. Demasiado emocionados con la grandeza y resignación de la culpable, los jueces no podían pronunciar sentencia.

—Hija mía,—dijo después de una pausa el arzobispo, levantando su hermosa cabeza macerada por su piadosa vida,—va usted más allá de lo que ordena la Iglesia. La gloria de la Iglesia consiste en poner sus dogmas de acuerdo con las costumbres de cada tiempo, pues la Iglesia está destinada á atravesar los siglos de los siglos en compañía de la humanidad. Según sus decisiones, la confesión secreta ha reemplazado á la confesión pública. Esta sustitución constituye la nueva ley. Los sufrimientos que usted se ha proporcionado bastan. Morid en paz: Dios la ha comprendido.

—Pero ¿no está conforme la confesión del criminal con las leyes de la primera Iglesia que enriqueció el cielo con tantos santos, mártires y confesores como es-

trellas hay en el firmamento?—repuso ella con vehemencia. ¿Quién ha escrito: *confesaos los unos á los otros?* ¿no fueron los discípulos inmediatos de nuestro Salvador? Déjenme confesar públicamente y de rodillas mi falta. Eso lavará mis culpas con el mundo y con una familia proscrita y extinguida casi por mi causa. El mundo debe saber que mis obras no son una ofrenda, sino una deuda. ¿Si después de muerta yo, llegase algún indicio á arrancar el embustero velo que me cubre?... ¡Ah! esta sola idea anticipa mi hora suprema.

—Hija mía, veo en todo esto cálculos y pasiones de que la creía ya desprovista,—dijo gravemente el arzobispo.

—¡Oh! se lo juro, monseñor,—dijo Verónica interrumpiendo al prelado,—mi corazón está tan purificado como puede estarlo el corazón de una mujer culpable y arrepentida: el único pensamiento que ocupa mi alma es la idea de Dios.

—Monseñor, dejemos seguir su curso á la justicia celestial,—dijo el cura con voz enternecida.—Cuatro años há ya que me opongo á esa idea, que ha sido la única que ha motivado discusiones entre mi penitenta y yo. Conozco á fondo esa alma, y sé que no la ocupan ya las pasiones terrenales. Si los llantos, los gemidos y las contriciones de quince años no han borrado una falta común á dos seres, no crea usted que haya sido porque ninguna pasión haya podido influir en esos largos y terribles remordimientos. Hace ya mucho tiempo que la más ardiente penitencia ha apagado las llamas del recuerdo. Si, sus lágrimas han apagado aquel gran fuego. Yo garantizo,—dijo tendiendo la mano sobre la cabeza de la señora Graslin y dejando ver sus ojos llenos de lágrimas,—yo garantizo la pureza de esa alma angelical. Por otra parte, entreveo en este deseo el pensamiento de una satisfacción á una familia ausente cuyo representante parece haber enviado Dios aquí, gracias á uno de esos acontecimientos en que se ve brillar su sabiduría.

Verónica tomó la temblorosa mano del cura y la besó.

—Querido pastor, muy duro ha sido usted conmigo en muchas ocasiones; pero ahora ya veo dónde encierra su dulzura apostólica. Usted, jefe supremo de este rincón

del reino de Dios, sea mi sostén en este momento de ignominia,—dijo Verónica al arzobispo.—Me inclinaré como la última de las mujeres, y usted me levantará perdonada, y acaso igual á las que no han pecado.

El arzobispo guardó silencio, ocupado en pesar todas las consideraciones que su mirada de águila percibía.

—Monseñor,—dijo entonces el cura,—la religión ha recibido fuertes ataques. Esta vuelta á las antiguas costumbres, exigida por la grandeza de la falta y del arrepentimiento, ¿no será un triunfo que habrá de tenerse en cuenta?

—Se dirá que somos unos fanáticos. Se dirá que hemos exigido esta cruel escena.

Y el arzobispo quedó sumido de nuevo en tristes meditaciones.

En este momento, Horacio Bianchón y Roubaud entraron, después de haber pedido permiso. Cuando se abrió la puerta, Verónica vió á su madre, á su hijo y á todos los criados de la casa que rezaban de rodillas. Los curas de las dos parroquias vecinas habían llegado para auxiliar al cura Bonnet y al gran prelado, elevado por el pueblo francés á los honores del cardenato, esperando que las luces de su inteligencia iluminarían al sagrado colegio. Horacio Bianchón volvía de nuevo á París é iba á decir adiós á la moribunda y á darle las gracias por su munificencia. Se aproximó con lentitud, comprendiendo, por la actitud de los dos sacerdotes, que se trataba de la llaga del corazón que había determinado la del cuerpo. Cogió la mano de Verónica para tomarle el pulso. Esta escena, ocurrida en medio del silencio de una noche de verano en el campo, era solemne. El gran salón, cuya puerta permanecía abierta, estaba iluminado para alumbrar al pequeño número de personas que rezaban, todas arrodilladas, menos los dos sacerdotes que estaban sentados y leían su breviario. A ambos lados del lecho se encontraban el prelado, con su sotana de color violeta, el cura y los dos médicos.

—Es tal su agitación, que durará hasta después de muerta,—dijo Horacio Bianchón que, como todos los hombres de inmenso talento, tenía siempre frases propias de los espectáculos á que asistía.

El arzobispo se levantó como llevado de un impulso

interior, llamó al señor Bonnet, y dirigiéndose hacia la puerta, atravesaron el cuarto y el salón y salieron á la terraza, en donde pasearon algunos instantes. En el momento en que volvían ya, después de haber discutido este caso de disciplina eclesiástica, Roubaud salía á su encuentro.

—El señor Bianchón me envía para que les diga que se den prisa. La señora Graslin se muere á causa de una agitación extraña por completo á los excesivos dolores de la enfermedad.

El arzobispo apresuró el paso, y, al mismo tiempo que entraba, le dijo á la señora Graslin, que le miraba con ansiedad:

—Se cumplirán sus deseos.

Bianchón, que seguía tomando el pulso á la enferma, soltó su mano con un movimiento de sorpresa, y dirigió una mirada á Roubaud y á los dos sacerdotes.

—Monseñor, este cuerpo no nos pertenece, pues veo que su palabra ha puesto vida allí donde sólo había muerte. Todavía me hará usted creer en un milagro.

—Hace ya mucho tiempo que esta señora no es más que alma,—dijo Roubaud, á quien Verónica dió las gracias con una mirada.

En este momento, una sonrisa en que se pintaba la dicha que le causaba el pensamiento de una expiación completa, dió á su rostro aquel aire de inocencia que tenía diez y ocho años antes. Todas las agitaciones, marcadas con espantosas arrugas, con sombríos colores y con lívidas marcas; todos los detalles, que hacían aquella cara tan hermosa en otro tiempo, en una palabra, todas las alteraciones desaparecieron, á todo el mundo le pareció que Verónica había llevado una máscara y que ésta caía. Por última vez se verificaba el admirable fenómeno con que aquel rostro expresaba la vida y los sufrimientos. Todo en ella se purificó, se despejó, y su rostro pareció bañado con el reflejo de las relucientes espadas de los ángeles guardianes que la rodeaban. Fué lo que había sido en Limoges cuando la llamaban la hermosa señora Graslin. El amor de Dios se mostraba más poderoso aún de lo que había sido el amor culpable; el uno había puesto de relieve en otro

tiempo todas las fuerzas de la vida, el otro alejaba los desfallecimientos de la muerte. Se oyó un grito ahogado; la Sauviat desapareció, y, saltando sobre la cama, dijo:

—¡Al fin vuelvo á ver á mi niña!

La expresión de aquella mujer, pronunciando aquellas dos palabras *mi niña*, recordó tan vivamente la primera inocencia de los niños, que todos los espectadores de aquella hermosa muerte volvieron la cabeza para ocultar su emoción. El ilustre médico tomó la mano de la señora Graslin, la besó y partió. El ruido de su coche resonó en medio del silencio de la noche, diciendo que no había esperanza alguna de salvar al alma de aquel país. El arzobispo, el cura, el médico, todos los que se sintieron cansados se fueron á descansar, cuando la señora Graslin se quedó dormida algunas horas, pues se despertó al amanecer, mandando que le abriesen las ventanas: quería ver salir el sol por última vez.

A las diez de la mañana, el arzobispo, vestido con sus hábitos pontificales, entró en la habitación de la señora Graslin. Lo mismo el prelado que el señor Bonnet tuvieron tan gran confianza en esta mujer, que no le hicieron recomendación ninguna respecto á los límites en que debía encerrarse su confesión. Verónica vió entonces un clero más numeroso que el que componía la iglesia de Montegnac, pues los de las parroquias vecinas se habían unido á éste. Monseñor iba á ser asistido por cuatro curas. Los magníficos adornos ofrecidos por la señora Graslin á su parroquia daban un gran brillo á esta ceremonia. Ocho monaguillos, con sus trajes encarnados y blancos, se pusieron en dos filas desde la cama hasta el salón, sosteniendo enormes faroles de bronce dorado que Verónica había hecho traer de París. La cruz y el estandarte de la iglesia los llevaban dos sacristanes de cabellos blancos. Gracias á los trabajos llevados á cabo por los criados, el altar de madera de la sacristía, muy adornado, había sido colocado junto á la puerta del salón con objeto de que monseñor pudiese decir la misa. La señora Graslin quedó conmovida al ver las atenciones que la Iglesia le prodigaba, y que sólo acostumbran á concederse á las personas reales. Como las dos puertas que daban al comedor estaban abiertas,

Verónica pudo ver el piso bajo del castillo lleno por una gran parte de la población. Los amigos de esta mujer eran tan numerosos que lo llenaban todo, pues el salón estaba ocupado por los criados de la casa. Los amigos, con cuya discreción podía contarse, estaban agrupados en la puerta de su cuarto: Grossetete, Grandville, Roubaud, Gerard, Clousier y Ruffin se colocaron en primera fila. Todos tenían que estar de pie para que la voz de la penitente no fuese escuchada más que por ellos. Por otra parte, hubo una circunstancia feliz para la moribunda: el llanto de sus amigos ahogaba sus confesiones. A la cabeza de toda esta gente habían dos personas que ofrecían un terrible espectáculo. La primera era Dionisia Tascherón: sus raros vestidos, de una sencillez cuakeriana, la hacían desconocida para las gentes de la aldea que podían verla; pero había allí una persona que difícilmente podía olvidarla, y para quien su aparición fué un horrible rayo de luz. El fiscal entrevió la verdad y adivinó en toda su extensión el papel que había desempeñado al lado de la señora Graslin. Menos dominado que los demás por la cuestión religiosa, en su calidad de hombre del siglo XIX, el magistrado sufrió entonces una horrible emoción, pues pudo comprender el drama que se había desarrollado en la vida interior de Verónica, en el palacio Graslin, durante el proceso Tascherón. Esta trágica época reapareció por completo en su mente, alumbrada por los dos ojos de la anciana Sauviat que, encendidos por el odio, caían sobre él como dos chorros de plomo hirviendo; aquella anciana, que estaba de pie á dos pasos de él, no le perdonaba. Este hombre, que representaba la justicia humana, experimentó horribles temblores. Pálido, conmovido, no se atrevió á dirigir sus ojos al lecho en que la mujer que tanto había amado, tocada ya por la livida mano de la muerte, sacaba fuerzas para domar la agonia recordando la inmensa grandeza de su falta; y el seco perfil de Verónica, dibujándose sobre el damasco rojo, le causó un vértigo. A las once comenzó la misa. Cuando el cura de Vizay acabó de leer la epístola, el arzobispo se quitó la dalmática, y, colocándose en el umbral de la puerta, dijo:

—Cristianos reunidos para asistir á la ceremonia de

la extremaunción que vamos á conferir á la señora de esta casa, vosotros que unís vuestras oraciones á las de la Iglesia, á fin de interceder por ella y obtener la salvación eterna, sabed que en la hora suprema no se ha considerado digna de recibir el santo viático sin hacer antes, para edificación del prójimo, confesión pública de su mayor falta. Aunque este acto de contrición se ha practicado mucho en los primeros días del cristianismo, hemos resistido á su piadoso deseo; pero como esta pobre mujer nos ha dicho que se trataba de la rehabilitación de un desgraciado hijo de esta parroquia, la dejaremos en libertad de seguir las inspiraciones de su arrepentimiento.

Después de estas palabras, dichas con verdadera unción y dignidad pastoral, el arzobispo se volvió para ceder su puesto á Verónica. La moribunda apareció sostenida por su madre y por el cura, dos figuras grandes y venerables: ¿no debía su cuerpo á la maternidad, y su alma á su madre espiritual, la Iglesia? Se puso de rodillas sobre un cojín, juntó las manos y se recogió durante algunos instantes para reunir sus fuerzas y poder hablar. En este momento el silencio tenía un no sé qué de espantoso. Nadie se atrevía á mirar á su vecino. Todos los ojos estaban bajos. Sin embargo, la mirada de Verónica, cuando levantó los ojos, se encontró con la del fiscal, y la expresión del rostro de éste, que había palidecido, la hizo enrojecer.

—No sabría morir en paz,—dijo Verónica con voz alterada,—si no desvaneciese la falsa idea que todos tenéis formada de mí. Ved en mí una gran criminal que se recomienda á vuestras oraciones, y que procura hacerse digna del perdón con la confesión pública de su falta. Esta falta fué tan grave, tuvo consecuencias tan fatales, que ninguna penitencia bastará acaso para redimirla. Pero cuantas más humillaciones haya sufrido en la tierra, menos tendré que temer del reino celeste á que aspiro. Va á hacer bien pronto veinte años que mi padre, que tenía gran confianza en mí, recomendó á mis cuidados á un niño de esta parroquia, en el cual había observado rasgos de gran honradez, una gran aptitud para la instrucción y excelentes cualidades. Este muchacho era el desgraciado Juan Francisco Tas-

cherón, que desde entonces se unió á mí como á su bienhechora. ¿Cómo el puro afecto que le profesaba llegó á ser culpable? Esto es lo que me parece inútil explicaros. Acaso veriais en ello que los sentimientos más puros de aquí abajo pueden llevarnos insensiblemente á hacer sacrificios inauditos, veriais también cuánta es nuestra fragilidad, y otra multitud de causas que contribuirían á disminuir mi falta. Aunque los más nobles sacrificios hayan sido mis cómplices, ¿dejo por eso de ser menos culpable? Prefiero confesar que yo, que por mi educación, por mi situación en el mundo, debía crearme superior al niño que me había confiado mi padre, y de quien debía alejarme la delicadeza natural de mi sexo, escuché fatalmente la voz del demonio. Muy pronto llegué á comprender á aquel joven para permanecer insensible á su muda y delicada admiración. Él, en un principio, me apreciaba en mi valor. Yo fui, sin duda, la que me seducí á mi propia con horribles cálculos: pensé en lo muy grande que sería la discreción de aquel muchacho, que me lo debería todo, y á quien la casualidad había colocado tan lejos de mí, aunque fuésemos iguales por nuestro nacimiento. En fin, vi en mi título de bienhechora y en mis piadosas ocupaciones una capa para proteger mi conducta. ¡Ay de mí! ocultar mi pasión á la sombra de los altares, es, sin duda, mi mayor falta. Las acciones más virtuosas, el amor que siento por mi madre, los actos de una devoción verdadera y sincera en medio de tantos extravíos, todo lo hice por servir al miserable triunfo de una pasión insensata. Mi pobre madre adorada, que me oye, fué, sin saber nada durante mucho tiempo, la inocente cómplice de mi falta. Cuando abrió los ojos, habíayademasiados peligros para que su corazón de madre no encontrase fuerzas suficientes para callarse. En ella, el silencio ha pasado á ser una de las virtudes más altas. Su amor por su hija triunfó de su amor por Dios. ¡Ah! ¡la descargo solemnemente del pesado velo que ha llevado! Acabará sus días sin que su frente ni sus ojos tengan que mentir. Que su maternidad quede libre de toda crítica, que esa noble y santa vejez, coronada de virtudes, brille en todo su esplendor, y que quede desprovista de ese anillo que la unía indirectamente á tanta infamia.

Al llegar aquí, el llanto cortó por un momento la palabra de Verónica, y Alina le hizo respirar unas sales.

—Hasta la más insignificante criada que me hace este último servicio, ha sido mejor para mí de lo que yo merecía, pues ha fingido ignorar lo que sabía; pero estaba en el secreto de las austeridades que yo imponía á esta carne que había pecado. Pido, pues, perdón al mundo por haberle engañado, aunque lo hice arrastrada por la terrible lógica del mundo. Juan Francisco Tascherón no es tan culpable como la sociedad se cree. ¡Ah! yo os suplico á los que me escucháis que tengáis en cuenta su juventud y su embriaguez, producida tanto por los remordimientos que se apoderaron de mí, como por involuntarias seducciones. Es más, fué la probidad, pero una probidad mal entendida, la que causó nuestra primer desgracia. El infortunado apelaba á mi grandeza de alma para que diese satisfacción á su amor. Yo he sido, pues, la causa de su crimen. Llevado de la necesidad, el desgraciado, culpable de un excesivo amor por un ídolo, llevó á cabo uno de esos actos irreparables. Yo no supe nada hasta el momento mismo. En la ejecución, la mano de Dios derribó todo aquel castillo de falsas combinaciones. Yo entré en ellas después de haber oído aquellos gritos que resuenan aún en mis oídos, y después de haber adivinado las sangrientas luchas que no estaba en mi mano detener, yo que era el objeto de aquella locura. Tascherón se había vuelto loco, os lo aseguro.

Al llegar á este punto de su relato, Verónica miró al fiscal, y un profundo suspiro brotó del pecho de Dionisia.

—Al ver su dicha destruida por circunstancias imprevisitas, se volvió loco. Este desgraciado, extraviado por su corazón, marchó fatalmente de un delito á un crimen, y de un crimen á un doble asesinato. Yo era la única en el mundo que sabía qué no hubo premeditación ni ninguna de las circunstancias agravantes que acarrearón su muerte. Cien veces quise entregarme para salvarle, y cien veces un horrible heroísmo hizo expirar la palabra en mis labios. Indudablemente que mi presencia á algunos pasos de él, contribuyó á darle el odioso, infame é innoble valor de los asesinos. Solo,

hubiese huido. Yo había formado aquella alma, educado aquel espíritu, agrandado aquel corazón; lo conocía, y sé que era incapaz de cobardía y de bajeza alguna. Haced justicia á aquel brazo inocente, haced justicia al que Dios en su clemencia deja morir en paz en la tumba que vosotros habéis regado con lágrimas, adivinando sin duda la verdad. Castigad, maldecid á la culpable que tenéis aquí presente. Asustada del crimen, y una vez cometido, hice todo lo posible para ocultarlo. Yo, que no tenía hijos, había recibido de mi padre el encargo de conducir uno al cielo, y lo conduje al patíbulo; ¡ah! ¡dirigidme todo género de reproches, anonadadme, pues ha llegado la hora!

Mientras decía estas palabras, sus ojos brillaban con una ferocidad salvaje; el arzobispo, que estaba detrás de ella y que la protegía con su cayado, dejó su actitud impasible y le tapó los ojos con su mano derecha. De pronto se oyó un grito sordo como si alguien se muriese. Dos personas, Gerard y Roubaud recibieron en sus brazos á Dionisia y se la llevaron completamente desmayada. Este espectáculo extinguió un poco el fuego de la mirada de Verónica, que recobró bien pronto su serenidad de mártir, y continuó diciendo:

—Ya lo sabéis ahora: yo no merezco alabanzas ni bendiciones por mi conducta. Yo he hecho para el cielo una vida secreta de agudas penitencias que sólo el cielo apreciará. Mi vida conocida ha sido una reparación de los males que he causado: mi arrepentimiento deja huellas imborrables sobre la tierra y subsistirán casi eternamente. Están escritas en los campos, fertilizados, en la aldea ensanchada, en los arroyos dirigidos de la montaña á esta llanura, salvaje é inculta en otro tiempo, y verde y productiva hoy; dentro de cien años no se cortará un árbol aquí sin que la gente del país recuerde los remordimientos á que es debida su existencia. Esta alma arrepentida que ha procurado ser útil á su país, respirará mucho tiempo entre vosotros. Lo que había de ser debido á sus talentos y á una fortuna dignamente adquirida, se debe al arrepentimiento de un gran crimen. ¡De lo que atañe á la sociedad, todo ha sido reparado; yo soy la única que tengo que responder de aquella vida, cortada en flor, que me había

sido confiada, y de la cual me van á pedir cuenta!...

Esto diciendo, las lágrimas apagaron el fuego de sus ojos, é hizo una pausa.

—Finalmente, existe entre nosotros un hombre que, por haber cumplido estrictamente con su deber, ha sido objeto, por mi parte, de un odio que yo creía que no debía extinguirse nunca. El ha sido el primer instrumento de mi suplicio. Yo estaba demasiado comprometida en el crimen, y veía demasiado cerca la sangre derramada, para que no odiase á la justicia. Mientras que este grano de cólera ocupase mi corazón, comprendí que aun existía en él un resto de pasión condenable; yo no he tenido que perdonar nada, lo único que tuve que hacer fué purificar este corazón en que ocultaba el mal. La victoria ha sido penosa, pero hoy es completa.

El fiscal dejó ver á Verónica su rostro inundado por las lágrimas. La justicia humana parecía tener remordimientos. Cuando la penitente volvió la cabeza para poder continuar, encontró el afligido rostro de un anciano, de Grossetete, que le tendía las manos suplicantes, como para decirle: «¡Basta!» En este momento, esta sublime mujer oyó tal concierto de lágrimas que, emocionada por tantas simpatías y no pudiendo resistir al bálsamo de aquel perdón general, perdió las fuerzas; al ver que se caía, su madre se encontró aún con fuerzas suficientes para sostenerla.

—Cristianos,—dijo el arzobispo,—ya habéis oído la confesión de esta penitente; ella confirma la sentencia de la justicia humana, calmando sus escrúpulos é inquietudes. Debéis haber encontrado en esto nuevos motivos para unir vuestras oraciones á las de la Iglesia, que ofrece á Dios el santo sacrificio de la misa, á fin de implorar su misericordia en favor de tan gran arrepentimiento.

El oficio continuó, y Verónica lo oyó con tal contento que parecía otra completamente distinta. Se veía en su rostro una expresión de candidez digna de aquella joven que tan sencilla y pura había sido en la casa paterna. El alba de la eternidad blanqueaba ya su frente y doraba su rostro de celestiales colores. Sin duda oía ya místicas armonías, y prolongaba el deseo de unirse por última vez á Dios; el cura Bonnet se acercó á su

cama y le dió la absolución; el arzobispo le administró los santos óleos con un sentimiento paternal que demostraba á los asistentes lo muy querida que le era aquella oveja descarriada. El prelado cerró para las cosas de la tierra, con una santa unción, aquellos ojos que tanto mal habían causado, y puso el sello de la Iglesia á aquellos labios demasiado elocuentes. Los oídos, por donde habían penetrado las malas inspiraciones, quedaron cerrados para siempre. Todos los sentidos, amortiguados con la penitencia, fueron santificados de este modo, y el espíritu del mal debió perder todo su poder sobre aquella alma. Nunca comprendió nadie la grandeza y la profundidad de un sacramento, mejor que los que presenciaron los cuidados de la Iglesia, justificados por la confesión de aquella mujer moribunda. Preparada de este modo, Verónica recibió el cuerpo de Jesucristo con una expresión de esperanza y de alegría tal, que fundió aquella incredulidad con que el cura había chocado varias veces. Roubaud, confundido, se hizo católico en un momento. Este espectáculo fué conmovedor y terrible á la vez; pero fué también solemne por la disposición de los que tomaron parte en él, hasta el punto que hubieran dado motivo á la pintura para una de sus obras maestras. Cuando, después de este fúnebre episodio, oyó la moribunda que empezaban el evangelio de san Juan, hizo seña á su madre de que le trajese á su hijo, que había sido sacado de allí por el preceptor. Cuando vió á Francisco arrodillado á los pies de su cama, la madre, perdonada, se creyó con derecho para imponer las manos sobre aquella cabeza, bendiciéndola y entregándole el último suspiro. La anciana Sauviat se encontraba allí, de pie, siempre en su puesto, como veinte años atrás. Esta mujer, heroica á su modo, cerró los ojos de aquella hija que había sufrido tanto, y los besó uno después de otro. Todos los sacerdotes, seguidos del clero, rodearon entonces el lecho. A los pálidos resplandores de los cirios, entonaron el terrible canto del *De profundis*, cuyos clamores notificaron á la población, arrodillada delante del castillo, á los amigos que rezaban en el salón y á los criados, que la madre de aquella comarca acababa de morir. Este himno fué acompañado de gemidos y lloros unánimes. La confesión

de aquella gran mujer no había pasado del umbral del salón, y no había tenido por auditorio más que oídos amigos. Cuando los aldeanos de los alrededores, en unión de los de Montegnac, fueron á depositar un ramo verde en la tumba de su bienhechora y á darle el último adiós, mezclado de llantos y de oraciones, vieron á un magistrado que, anonadado por el dolor, tenía entre las suyas la helada mano de la mujer á quien, sin saberlo, había herido cruel, pero justamente.

Dos días después, el fiscal, Grossetete, el arzobispo y el alcalde llevaban las cintas de la caja y conducían el cuerpo de la señora Graslin á su última morada. Fué depositada en la fosa en medio de un profundo silencio. No se dijo una palabra, nadie tenía fuerzas para hablar y todos los ojos estaban llenos de lágrimas. «¡Es una santa!» fué la única palabra que decían todos cuando volvían á sus casas por aquellos caminos hechos en la comarca que ella había enriquecido; esta palabra parecía más bien una voz de ánimo dirigida á sus creaciones campestres. Nadie encontró nada de particular en que la señora Graslin fuese enterrada al lado del cuerpo de Juan Francisco Tascherón; ella no lo había pedido; pero su anciana madre, por un resto de piedad, había recomendado al sacristán que pusiese juntos á aquellos que tan violentamente habían sido separados en la tierra, y á quienes un mismo arrepentimiento reuniría en el cielo.

El testamento de la señora Graslin realizó todo lo que se esperaba de ella; fundaba en Limoges un colegio y un hospicio, destinados únicamente á los obreros; asignaba una suma considerable, trescientos mil francos cada seis años, para la adquisición de aquella parte de la aldea llamada los Tascherón, en donde ordenaba que se construyese un hospital. Este hospital, destinado á los ancianos indigentes de la comarca, á los enfermos, á las mujeres desprovistas de lo necesario en el momento del parto y á los niños abandonados, debía llevar el nombre de Hospital Tascherón; Verónica deseaba que fuese servido por hermanas de la caridad, y fijaba en cuatro mil francos los sueldos del cirujano y del médico. La señora Graslin rogaba á Roubaud que fuese el primer médico de este hospital, encargándole que escogiese

un cirujano y que se encargase del establecimiento del hospital, desde el punto de vista sanitario, en unión de Gerard, que sería el arquitecto. Daba además á Montegnac una extensión de praderas cuya renta bastaba para pagar las contribuciones. La iglesia, con un fondo de socorros cuyo empleo estaba señalado para ciertos casos excepcionales, debía velar por los jóvenes y estudiar el caso de que algún niño de Montegnac presentase aptitud para las artes, para las ciencias ó para la industria. La inteligente benevolencia de la testadora señalaba la suma que debía tomarse de los fondos para llevar á cabo su educación. La noticia de aquella muerte, recibida en todas partes como una calamidad, no fué acompañada de ningún rumor injurioso para la memoria de aquella mujer. Esta discreción fué un homenaje rendido á tantas virtudes por aquella población católica y trabajadora que empieza en este rincón de Francia los milagros de las *Cartas edificantes*.

Gerard, nombrado tutor de Francisco Graslin, y obligado por el testamento á habitar en el castillo, se trasladó á él; pero hasta tres meses después de la muerte de Verónica no se casó con Dionisia Tascherón, en quien Francisco encontró una segunda madre.

París, enero de 1837—agosto de 1845.